

CATALOGADO

COMPRENDAMOS A AMERICA LATINA

POR ROBERTO LARA VELADO.

*Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias
Sociales de la Universidad de El Salvador*

¿QUE ES AMERICA LATINA?

En el mundo contemporáneo, las relaciones entre los pueblos se han multiplicado. Ya no podemos ignorar los problemas y la manera de ser de región alguna de la tierra, porque sus vicisitudes, sus triunfos y sus miserias, nos afectarán tarde o temprano.

Nota de la Dirección —La presente serie de artículos del doctor Roberto Lara Velado, abogado y político salvadoreño, fue escrita por encargo de una empresa publicitaria europea, la cual los hizo traducir y publicar. Por eso mismo, el lenguaje está dirigido más bien al público extranjero que al latinoamericano.

Al final de los artículos, incluimos la opinión del Dr. Lara Velado sobre el caso dominicano. Dicha opinión está contenida en varios párrafos del ensayo inédito "América Latina y el Problema Mundial Contemporáneo".

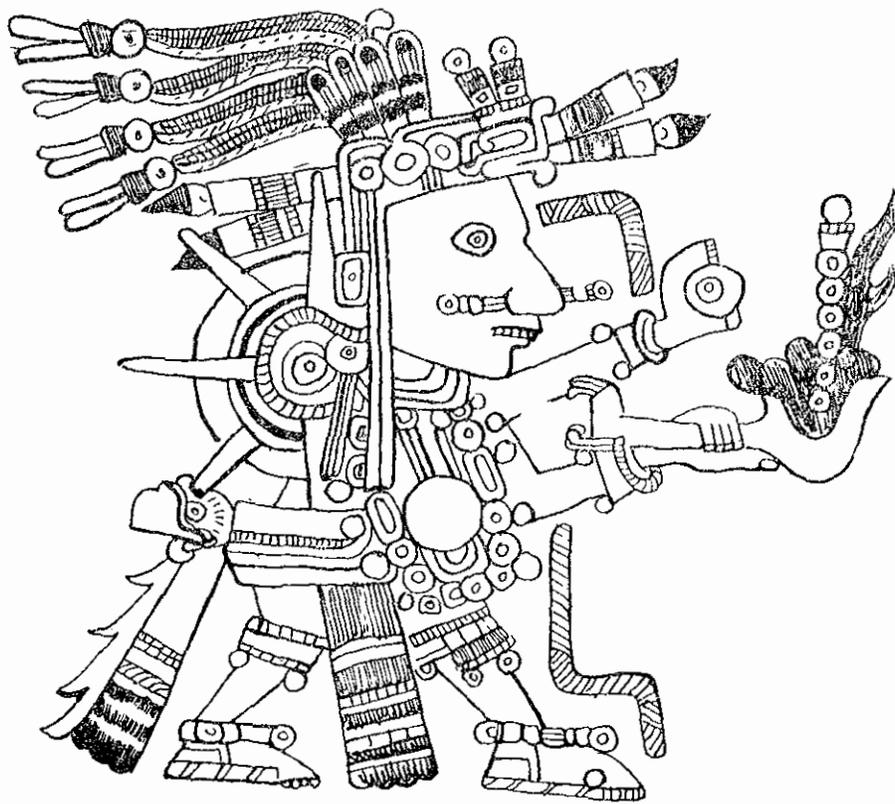
En vista de la actualidad de la intervención norteamericana en Santo Domingo, no dudamos que, tanto la serie aquí recogida, como las opiniones preliminares sobre el tema apasionante de los dos mundos, despertarán el interés de los lectores de "La Universidad".

La expansión sin precedentes de la civilización occidental, durante la última etapa de la historia, la ha llevado hasta los rincones más remotos de la tierra y la ha convertido en la cultura rectora de la evolución de la humanidad. La crisis que agita al mundo comenzó siendo una crisis del Occidente, que luego se comunicó al resto de la humanidad. Esta crisis que al adquirir proporciones mundiales está poniendo en peligro la existencia misma de la cultura occidental, requiere, para permitir una solución satisfactoria, el mutuo conocimiento y comprensión entre todos los pueblos de la tierra. Esta serie de artículos tiene por objeto dar a conocer al público europeo la idiosincrasia de los pueblos de América Latina.

La región no es solamente una expresión geográfica; es algo más, es un conjunto de costumbres, un estilo propio de vida, en una palabra una expresión cultural. Geográficamente, América es un continente compacto; es una única unidad geográfica. Culturalmente, no es una unidad, aunque su cultura en sus grandes rasgos sea la misma; hay que distinguir en el continente americano, dos regiones: Norteamérica y América Latina, cuyas diferencias nacen de un distinto pasado histórico y del grado diferente de desarrollo económico.

América del Norte nació de la conquista europea, especialmente anglosajona, de tierras americanas. El conquistador anglosajón destruyó sistemática y despiadadamente al indígena, por lo que no se formó una población mestiza; racialmente, Norteamérica es un trasplante de Europa. Por otra parte, las condiciones favorables de su suelo y la inmigración en gran escala, le permitieron desarrollarse económicamente con la misma celeridad de Europa; al grado que el mayor de sus países, los Estados Unidos, se encuentra actualmente a la cabeza de la mitad del mundo.

América Latina nació de la conquista latinoeuropea, especialmente española y portuguesa, de tierras americanas. El conquistador latino fue más humano que el anglosajón; no destruyó al indígena, sino que se mezcló con él; la población de América Latina es, en su inmensa mayoría, mestiza. Pero, a pesar de ello, culturalmente hablando, América Latina recibió de los conquistadores del otro lado del Océano, religión, lengua y costumbres; debido al desnivel existente entre la cultura europea conquistadora y las culturas indígenas sometidas, estas últimas desaparecieron como complejos culturales, dejando su lugar a la primera. Es cierto que en muchos lugares de América Latina persisten comunidades indígenas aún no asimiladas culturalmente; es cierto que en el "ethos" latinoamericano encontramos reminiscencias



de su pasado anterior a la conquista, en forma de supersticiones populares, de tendencias no integradas en el conjunto cultural armónico o de motivos artísticos; pero todos estos fenómenos son universales; la verdad es que no son menos frecuentes, por lo menos hasta hace corto tiempo, las reminiscencias de un pasado preoccidental en muchas comunidades europeas, especialmente en las rurales.

Por otra parte, América Latina no ha evolucionado a la par de Europa; está rezagada en su desarrollo político y en su desarrollo económico. He aquí su gran diferencia con Norteamérica; ésta es su imagen, con varias diferencias debido a la adaptación a tierras ultramarinas, de la Europa actual; aquélla, en cambio, con iguales diferencias, es una imagen de Europa en una etapa anterior de su desarrollo histórico, en la cual por arte de magia hubieran hecho su aparición las corrientes contemporáneas del pensamiento políticosocial.

Este es el significado de la diferencia regional en el continente americano. Norteamérica, en cuanto a su desarrollo, está mucho más cerca de Europa que América Latina. En cuanto a su "ethos", Norteamérica es similar a Inglaterra, Alemania y los países escandinavos; América Latina, en cambio, en esta materia, está mucho más cerca de la Europa Latina que de Norteamérica.

¿Es América Latina parte del Occidente? Desde luego que sí; las expresiones "Occidente", "Oriente" y otras similares, tienen un contenido esencialmente cultural; y la cultura latinoamericana es occidental, no obstante su grado menor de desarrollo y no obstante la diferencia racial con el resto de los occidentales de la mayoría de su población; las diferencias raciales, en materia de culturas, pasan a segundo término; prueba de ello es que Rusia es colocada generalmente en el Oriente, mientras que naciones, cuya afinidad racial con los rusos, como Polonia y Checoslovaquia, está fuera de duda, se consideran más occidentales que orientales.

Ha habido quienes, influidos por un criterio racial que proclaman haber superado, niegan a los latinoamericanos su occidentalidad. Otros con fines preconcebidos, tratando de ganar a los latinoamericanos para la causa antioccidental en la presente crisis del mundo, que implica un gigantesco choque de culturas, han afirmado que solamente somos semioccidentales. La verdad es que, si la evolución de América Latina pudiera continuar por sus cauces normales, ésta solamente podría afirmar su occidentalidad; pero en la grave crisis mundial del presente, en la que la existencia misma de la cultura occidental está en juego, los latinoamericanos corremos el riesgo de perder nuestra

propia identidad cultural, lo cual no significa que no la tengamos en este momento.

América Latina es el paciente pobre de Occidente, de cuya ayuda necesita para desarrollarse económicamente y salvar su propia identidad cultural. Pero, a la vez, es la reserva humana de Occidente, que éste no puede darse el lujo de perder sin poner en peligro su propia existencia. Estas verdades deberían tenerlas siempre presentes aquéllos a cuya responsabilidad está confiada la política de los países occidentales desarrollados.

II

LA FORMACION DE AMERICA LATINA

La mayor parte de América Latina es la resultante de la conquista española; este estudio por razones prácticas, se limitará a esa parte, advirtiéndose que muchas de sus características pueden aplicarse también a la parte portuguesa.

En la época del descubrimiento y la conquista de América, Europa sufría un proceso transformador; estaba abocada a aquella transformación que constituyó la diferencia entre la Edad Media y la Edad Moderna, la cual surgió de la difusión por el resto de Europa de los principios políticos, culturales y económicos creados por las ciudades-estados italianos. Esta transformación tuvo proyecciones en todos los órdenes; en el cultural, el Renacimiento; en el religioso, la Reforma; en el político, el absolutismo; y en el económico, el mercantilismo, que originó el imperialismo colonialista.

España fue, en aquella época, una excepción en Europa; conservó fundamentalmente la mentalidad medieval orientada hacia los valores religiosos y anhelante de construir un imperio occidental, evocación del extinto imperio romano, como réplica temporal de la Cristiandad Occidental. Esto no quiere decir que España no haya sufrido entonces la influencia de la transformación que se operaba en el resto de Europa; la verdad es que aceptó el mercantilismo y el imperialismo colonialista.

Esta doble mentalidad explica toda la política española de aquel tiempo. Influída por el mercantilismo, creó un imperio colonial del

mismo tipo de los demás europeos; explotó las riquezas de América y la sometió al monopolio comercial; pero de acuerdo con su mentalidad, el español hizo la conquista en nombre del Evangelio y fue más humano que su colega anglosajón, pues no destruyó al indígena. Esta misma mentalidad señaló las metas de su política europea; fue la columna más fuerte de la Contrarreforma; y gastó los tesoros adquiridos en América en sus tenaces y fallidos esfuerzos por reconstruir un imperio occidental, con Carlos V y Felipe II.

Esta peculiar psicología del conquistador español tuvo consecuencias incalculables en el futuro de América Latina. España y sus colonias formaron un todo como enclaustrado, un aparte del resto de Occidente, donde las corrientes de evolución provenientes de los otros países europeos llegaban tarde y prosperaban con lentitud; la evolución se retrasó y América Latina quedó a la zaga; a la hora de su independencia le quedaba aún mucho camino por recorrer.

La economía era desde luego, de tipo colonial, orientada a producir materias primas para la metrópoli y a servir a ésta de mercado para sus productos; el monopolio comercial aseguraba esta función. La tierra estaba repartida así: una pequeña parte era propiedad privada de las familias que componían la aristocracia criolla, es decir los descendientes de los conquistadores y de los colonos españoles establecidos en América; las tierras inexplotadas pertenecían a la Corona y se llamaban baldías; las demás tierras eran ejidales o comunales. Los ejidos pertenecían a las Alcaldías; las tierras comunales a las comunidades indígenas; tanto las Alcaldías como las comunidades las arrendaban periódicamente a las personas vecinadas en el lugar, mediante el pago de un censo; con ello se daba facilidades para la vida de los arrendatarios y se obtenían ingresos para el sostenimiento de la Alcaldía o comunidad.

Durante la época colonial, se formó la conciencia nacional latinoamericana. En la primera parte de este período, tal conciencia no existía; la patria del colono europeo fue la metrópoli; en cuanto al indígena, éste veía desaparecer a un mismo tiempo su cultura y su nacionalidad. Hacia el final de la etapa, existía un pueblo que se sintió hijo de América, de lo cual dio una prueba indudable durante las guerras de independencia. Pero esta conciencia no estaba aún diversificada, fue a través de la formación de las distintas unidades políticas y de la vida independiente de éstas, que se formó la conciencia nacional de cada pueblo, para lo cual la cultura occidental suministró la fuerza moral

necesaria; no debemos olvidar que el nacionalismo es un sentimiento típico de los occidentales y, en esto, los latinoamericanos no somos una excepción.

La independencia de América Latina fue una consecuencia de la creación de la conciencia latinoamericana; basta con estudiar la historia de los distintos movimientos, el apareamiento de brotes espontáneos en distintos lugares sin conexión entre sí, la aceptación popular que éstos tuvieron y la conversión de movimientos de protesta por la ocupación de la madre patria por los ejércitos de Napoleón Bonaparte en insurrecciones independentistas, para llegar a esa conclusión.

Algunos historiadores citan, como causas de la independencia latinoamericana, las siguientes: la intervención de Inglaterra y los Estados Unidos que buscaban abrir para su comercio el mercado de América Latina, suprimiendo el monopolio comercial a favor de España; la influencia de las ideas liberales, que previamente habían cristalizado en la independencia norteamericana y en la Revolución Francesa. No se puede negar que estas causas fueron coadyuvantes, es decir que contribuyeron a facilitar el éxito del movimiento independentista; pero de esto a considerarlas como las causas principales, hay bastante diferencia; la verdad es que sin la conciencia latinoamericana, estas causas no hubieran sido suficientes para lograr la independencia; y que, existiendo la conciencia latinoamericana, aun sin las causas coadyuvantes, se habría llegado a la independencia, probablemente mediante un proceso más largo y costoso. Vamos a analizarlo.

Los movimientos en favor de la independencia surgieron a raíz de ocupación de España por las tropas francesas; fueron inicialmente una protesta contra el atropello sufrido por la madre patria, pero se transformaron rápida y espontáneamente en independentistas; la ayuda extranjera, en armas y dinero, se presentó hasta en el curso de las guerras de independencia. La insurrección fue acaudillada por los criollos, que mantuvieron en todo tiempo la dirección del movimiento y que, al obtenerse la independencia, ensayaron mantener los lineamientos generales del régimen colonial sustituyendo por su propio poder al de la antigua metrópoli. Si la ayuda extranjera hubiera sido la causa principal de la independencia, no habría sido necesario esperar hasta la revolución liberal del siglo recién pasado para que se afirmara sobre América Latina la penetración asfixiante del imperialismo norteamericano.

Si la conciencia latinoamericana no hubiera existido, las ideas liberales habrían podido originar movimientos de democratización del

imperio español como un todo y no movimientos separatistas tendientes a independizar sus partes. Con ello no se niega que el liberalismo haya dado un buen contingente de hombres a las luchas libertarias; su influencia fue decisiva, una vez obtenida la independencia, para que las Constituciones latinoamericanas consignaran, como régimen legal de los diferentes Estados, el republicano y democrático.

III

AMERICA LATINA Y EL RESTO DE OCCIDENTE

Al obtenerse la independencia, no obstante haberse proclamado la república democrática, los criollos intentaron asumir una posición de predominio. Para ello, aprovecharon los lineamientos generales del régimen colonial, procuraron sustituir de hecho al extinto español por el suyo propio. La oposición decidida de los liberales provocó la lucha armada. Este fenómeno fue general en Latinoamérica.

Las guerras civiles constantes entre conservadores y liberales que ocupan la historia de todos los pueblos latinoamericanos, durante el recién pasado siglo, tiene ese contenido; los unos queriendo mantener lo que restaba del régimen colonial y los otros procurando remodelar el Estado de acuerdo con sus principios; la revolución liberal triunfó al fin y se operó el cambio deseado.

¿Cuáles fueron los efectos de la revolución liberal? Ante todo hay que reconocerle un logro positivo; cerró el paso al predominio político de hecho de una aristocracia tradicional, desde luego incipiente en América Latina, pero que hubiera podido constituir un serio problema en el futuro. Pero, por otra parte, en los campos económico e internacional, los resultados fueron desastrosos.

Los conservadores habían mantenido la propiedad de la tierra en la misma forma que lo estaba durante la colonia, realizando un régimen de tipo paternalista. Los liberales destruyeron esta organización; por medio de decretos hicieron que el Estado, las Alcaldías y las comunidades se desapoderaran del dominio sobre las tierras, en favor de aquellas personas que ofrecieron cultivarlas, a las cuales se les transferían mediante el pago de precios inisorios; en la práctica, las mejores tierras fueron entregadas a los que gozaban del favor oficial.

Las víctimas de esta medida fueron los campesinos. De arrendatarios que eran antaño de la tierra, se convirtieron en asalariados pa-

ra el cultivo de la misma, con el agravante de tener trabajo solamente en las épocas de recolección de las cosechas y mediante un salario ínfimo calculado de acuerdo con la ley de la oferta y la demanda, es decir prácticamente al capricho del propietario. De esta manera, se sumió al sector campesino, el más numeroso de la población latinoamericana, en la más deprimente de las miserias; y así continúan las cosas hoy día. Por otra parte, los Municipios han arrastrado desde entonces una vida lánguida, dependiente del subsidio del gobierno central para su sostenimiento, lo cual ha hecho imposible el desarrollo de las pequeñas poblaciones.

Pero, a pesar de todo esto, habría sido posible que el régimen liberal desarrollara económicamente a los países latinoamericanos, tal como hizo con los europeos. ¿Por qué no ha sucedido tal cosa? La respuesta la tenemos en el campo internacional.

Desde el día siguiente al de su independencia, los países latinoamericanos fueron la tentación de todos los imperialismos. Se trataba de países débiles, con suelo rico y diversos recursos naturales, pero con evolución retardada; en una palabra, el prototipo ideal para ser objeto de la explotación de las naciones poderosas. Nada de raro tiene, pues, que diversos imperialismos, en distintas ocasiones, hayan intentado intervenir en los asuntos de nuestros pueblos con propósito de explotación; entre ellos podemos citar al imperialismo inglés y al francés; recuérdense la ocupación de la Mosquitia, en la costa de Nicaragua, por los ingleses, y la aventura de Maximiliano de Habsburgo en México, con el apoyo militar del gobierno francés de Napoleón III. Pero de todos ellos, el que ha jugado el papel más importante y se ha adueñado totalmente del campo, ha sido el imperialismo norteamericano.

Desde muy temprano, el gobierno norteamericano emitió la conocida declaración llamada "Doctrina Monroe", la cual bajo la apariencia de constituir una protección para todo el continente americano, afirmaba las pretensiones de Norteamérica de ejercer una verdadera tutela sobre las demás naciones americanas. El futuro se encargó de poner al descubierto estas pretensiones. La historia de América Latina está llena de intervenciones armadas norteamericanas; con las armas en la mano, se arrancó a México las provincias de Texas, Nuevo México y Alta California; el aventurero William Walker intentó conquistar Nicaragua y toda Centro América; se intervino en Cuba y en Panamá; se apoderaron de la zona del Canal de Panamá, para construir esta vía marítima en ella, y la retienen aún, contra la voluntad constante del pueblo panameño.

Pero, a pesar de las múltiples violaciones, no ha sido ésta la forma más grave que ha revestido el imperialismo norteamericano en América Latina. Ha habido otra más sutil y más constante, de la que se ha hecho víctima a todos los países latinoamericanos. Ha sido la penetración económica y la influencia política combinadas; ha sido el encajenar las débiles economías de nuestros pueblos a la potencia económica del coloso del Norte; ha sido el que constantemente se ponga en juego la enorme influencia política norteamericana para, contra la voluntad manifiesta de los pueblos, sostener gobiernos que se plieguen a sus pretensiones o derribar aquéllos que se nieguen a satisfacerlas. Esta fue la triste historia de la revolución liberal; los liberales recibieron de Norteamérica armas y dinero, con los cuales hicieron triunfar su causa en América Latina; pagaron como precio, su entreguismo servil al imperialismo norteamericano.

He aquí la razón por la cual América Latina no ha podido desarrollarse. Salió de la colonia española —no podía ser de otra manera— con una economía de tipo colonial orientada hacia la antigua metrópoli. El régimen paternalista conservador era lo menos a propósito para desarrollarla; además fue demasiado corto y demasiado inestable, para pedirle logro alguno. La revolución liberal transfirió la orientación de la economía latinoamericana hacia sus nuevos amos norteamericanos. Las clases elevadas que habían participado en el ensayo fallido de los conservadores, al ver perdida su causa, cambiaron de frente; atentar solamente a defender sus particulares intereses económicos, se echaron en brazos de la economía liberal y del imperialismo norteamericano, al que han servido fielmente hasta hoy.

La economía latinoamericana sigue siendo economía de tipo colonial, propia de los pueblos que no han desarrollado aún; su función es la de servir de fuente de materias primas y de mercado de productos manufacturados a la potencia imperialista dominante. Esta es la tragedia de América Latina; los precios de las materias primas que exporta y de los productos que importa, se fijan en el exterior; desde luego, los primeros son inestables con tendencias generales a la baja, mientras que los segundos están estabilizados y acusan tendencias a la alza. De esta manera, sin ayuda exterior hecha con justicia y sin una economía planificada, nunca dispondrá de las cantidades de dinero que necesita para desarrollarse.

La mayoría de los pueblos de América nunca han vivido en realidad la democracia, no obstante figurar ésta en todas sus Constituciones desde su independencia, o sea desde hace 140 años; hay, desde

luego, varias excepciones y por eso se ha dicho la mayoría. El azote político de América Latina ha sido el caudillismo; los caudillos latinoamericanos han hecho una dictadura personalista, en ocasiones férrea y en otras moderada, pero nunca han respetado la voluntad del pueblo; América Latina ha vivido alternativamente los excesos que conoció Europa en los días del absolutismo y los gobiernos autoritarios del tipo de los de Metternich y de Napoleón III; la diferencia estriba únicamente en que, para satisfacer la opinión internacional, los dictadores latinoamericanos se proclaman cínicamente demócratas. Por regla general, escalan el poder mediante un asalto armado, los conocidos golpes de Estado; legalizan su posición mediante unas "elecciones", en las cuales se ejerce toda clase de coacción sobre los votantes y se acude a diversas formas de fraude electoral; se consolidan mediante un acto de sumisión al imperialismo extranjero. Tanto los conservadores como los liberales produjeron caudillos de la peor especie, a pesar de que los segundos han llevado siempre la democracia entre sus postulados. El liberalismo en Europa ha mantenido, por regla general, su postura democrática en la práctica; en cambio, en América Latina, solamente le ha interesado su planteamiento económico, mientras que en lo político ha aceptado en la práctica las peores dictaduras.

Gobiernos como los descritos han gozado siempre del apoyo norteamericano, porque, precisamente por carecer del respaldo de sus propios pueblos, han estado constantemente de rodillas frente al poder extranjero. La verdad es que la política exterior de Norteamérica ha sido doble; en Europa, ha tenido mucho cuidado, por regla general, de no hacer causa común con gobiernos que no sean realmente democráticos y de respetar la dignidad nacional de los pueblos; en el resto del mundo, que por desgracia incluye a América Latina, no ha tenido escrúpulos de ninguna clase, atenta solamente a proteger sus intereses económicos imperialistas.

En estas condiciones, nada de raro tiene que en América Latina haya un fuerte sentimiento antinorteamericano; este sentimiento ha tenido su origen en la experiencia histórica vivida, más bien que en influencias extremistas venidas de afuera, como se ha querido hacer aparecer, por más que los extremistas procuren en este momento capitalizarlo a su favor.

Es indiscutible que, si se quiere conservar a América Latina dentro del campo occidental, la política que se sigue con ella, particularmente por parte de Norteamérica y en general de todos los países desarrollados del Occidente, debe ser drástica e inmediatamente revisada.

Este es el precio que ha de pagar Occidente por salvar a su pariente pobre y conservar las reservas humanas que este pariente despreciado significa; lo cual en último término, ha de redundar en la posibilidad de salvar su propia existencia.

IV

LA ENCRUCIJADA HISTORICA DE AMERICA LATINA

La crisis que sacude al mundo contemporáneo contiene varios conflictos:

a) —En el campo interno de los diversos países, tiene lugar una pugna entre las distintas corrientes de pensamiento, nacidas de las diversas soluciones planteadas al problema social de nuestro tiempo, pugna que tiene proyecciones en lo político y en lo socio-económico. En lo político, la alternativa se plantea entre democracia y totalitarismo. En lo socio-económico, hay tantas alternativas como respuestas han pretendido darse al problema social: neoliberalismo, socio-cristianismo, socialismo y comunismo.

b) —En el campo internacional, la combinación de conflictos es mucho más compleja. En lo ideológico, se reflejan internacionalmente las pugnas internas de las naciones; no cabe duda que la lucha entre totalitarismo y democracia, lo mismo que la disputa entre las corrientes socio-económicas aunque en menor grado, tienen proyecciones internacionales. En el ámbito de las culturas o civilizaciones, asistimos a la colisión cultural más grande de toda la historia; durante la última etapa de la historia, la cultura occidental se ha expandido hasta los últimos rincones del planeta; entró en contacto con las demás culturas de la tierra y ha sucedido lo que normal e históricamente sucede siempre que hay contacto entre culturas extrañas: la colisión cultural; el comunismo internacional, bajo la influencia de la tradición orientalista de sus dos mayores representantes, Rusia y China, se ha convertido en el aglutinante de todo el movimiento antioccidental contemporáneo. Desde el punto de vista de la lucha por la hegemonía mundial, que ha estado presente en la humanidad desde hace más de un siglo, asistimos al choque gigantesco de dos imperialismos: el norteamericano y el chino-soviético, si bien el último es más joven y más voraz que el primero. En esta crisis compleja en que se debate el mundo de hoy, la suerte futura de la humanidad entera y la existencia misma de la civilización occidental están comprometidas.

El comunismo internacional ha desempeñado y continúa desempeñando un papel muy activo; no podía ser de otra manera, es a la vez una de las ideologías en pugna, el arma de propaganda y el principio de inspiración del imperialismo chino-soviético y el aglutinante de todo el movimiento antioccidental contemporáneo. En sus objetivos expansionistas, sin perjuicio de reservar un lugar destacado a algún pueblo del Asia, por la facilidad de penetración que a sus ideas tiene el medio asiático, figura siempre una región del Occidente; primeramente su objetivo fue Europa; en este momento, América Latina la ha sustituido.

Las razones del cambio de objetivo que acaba de apuntarse son obvias. Europa cuenta con una amplia tradición democrática, vivida a través de muchos años; está, en lo general, desarrollada económicamente; y ha puesto en marcha un programa efectivo de reformas sociales. Dígase lo que se quiera, el comunismo ha fracasado en Europa Occidental; el remedio que lo ha contenido ha sido la combinación de la democracia con la justicia social, respaldada por su desarrollo económico; en la aplicación de este programa, la Democracia Cristiana ha tenido un papel de primer orden.

América Latina, en cambio, es el punto débil del Occidente. Las condiciones de vida de sus pueblos, que se han descrito en los artículos precedentes, acompañadas del despertar de estos mismos pueblos, que tarde o temprano había de presentarse, la convierten en un verdadero polvorín. El comunismo, que, en América Latina como en todos los países occidentales, es una tendencia que poco se compagina con su idiosincrasia, explota las condiciones reales de falta de libertad, injusticia social y sumisión internacional. El comunismo agravará estas condiciones en vez de remediarlas; eso lo sabemos un limitado número de latinoamericanos, pero la masa lo ignora, como en todas partes; cuando llegue a comprobarlo en carne propia, será demasiado tarde.

La mayor parte de las naciones latinoamericanas carecen en absoluto de experiencia democrática; pero ello no quiere decir que su logro no sea una de sus más caras aspiraciones. El pueblo desea ardientemente la democracia y se ve frustrado en sus anhelos, por las camarillas inescrupulosas, una y otra vez, mediante el clásico cuartelazo y los procesos electorales fraudulentos. Esto genera en la ciudadanía una sensación de frustración que tiende a convertirse en una pésima consejera.

La peor de las condiciones que aquejan a los pueblos de América Latina, es la injusticia social. El trabajador, por regla general, carece de ingresos suficientes para llenar sus necesidades básicas; la clase

media es débil y pobre. Las condiciones se extreman respecto del campesinado, que por tratarse de países primordialmente agrícolas, es la mayoría de la población, vive en situación de subempleo, miserablemente pagado, y obligado a acudir a los centros de producción agrícola que se encuentran ubicados en zonas determinadas, dado que no se cultiva todo el territorio; esta última circunstancia lo condena a un seminomadismo, que viene a ser un obstáculo más para mejorar su nivel de vida.

Los modernos medios de difusión, como el cine, el radio y la televisión, ponen ante los ojos de este pueblo, la forma como se vive en los países desarrollados; aún más, la manera de vivir de las personas acomodadas, en la propia América Latina, viene a ser como una ventana, por la cual puede el pueblo asomarse a presenciar un nivel de vida superior. Como es natural, el pueblo hace comparaciones y toma conciencia de su triste situación; mediante tres tomas de conciencia sucesivas, se da cuenta de que existen medios para satisfacer sus necesidades, de que tales medios no están a un alcance y de que se encuentran en manos de las clases elevadas; el proceso psicológico remata con hacer responsables a las clases elevadas de la situación y convencerse de que la solución está en la violencia. Este proceso de creación de una conciencia pre-revolucionaria, pronta a estallar en cualquier momento, se está produciendo en América Latina.

La implantación de un régimen de justicia social es de urgencia inaplazable en América Latina. Lo reclaman la dignidad eminente de la persona humana y sus derechos fundamentales, los cuales no pueden desconocerse sin faltar gravemente a los principios en que debe fundarse toda sociedad humana; lo reclama también la propia conveniencia, porque la alternativa es el totalitarismo soviético. Pero al procurar llevar a la práctica un programa de reforma social en América Latina, se tropieza con serias dificultades; en primer lugar los eternos intereses creados, la resistencia de las camarillas políticas y económica, que usan la fuerza para impedir todo aquello que no está de acuerdo a sus intereses egoístas; en segundo lugar, la falta de desarrollo económico; en los países que aún no han desarrollado económicamente, el problema social no es un problema de mereo reparto, sino también de producción; para proceder al reparto adecuado de las rentas, es necesario que haya rentas suficientes para repartir.

Esta conclusión traslada el problema al campo internacional, porque para que Latinoamérica se desarrolle económicamente, es necesario

que se valoricen sus productos de exportación y que cese de ser explotada por el imperialismo norteamericano. Los pueblos de América Latina ya se dieron cuenta de la situación de dependencia en que se encuentran respecto de Norteamérica; esto explica la razón del crecimiento acelerado del sentimiento anti-norteamericano en América Latina, en estos últimos años.

Esta es la encrucijada histórica que vive América Latina. El desarrollo de la evolución humana la ha situado en el momento en que sus pueblos, con toda justicia y con plena conciencia de ello, reclaman un cambio fundamental de estructuras, en que con todo derecho, exigen que se ponga fin a la falta de libertad, a la injusticia social y a la sujeción internacional. La fuerza con que el comunismo puede contar estriba en su habilidad para explotar estas necesidades insatisfechas del pueblo, para sacar el mayor partido posible de la frustración que en éste provoca la postergación constante de sus más urgentes anhelos. Resulta lógico que el comunismo haya cambiado su objetivo inmediato en Occidente; Europa Occidental es un hueso muy duro de roer; América Latina, por las peculiares condiciones del presente momento histórico, le ofrece mayores posibilidades de éxito.

El proceder de las camarillas tradicionales que gobiernan los distintos países de América Latina, hace inconscientemente el juego al comunismo; su obstinación ciega en mantener un estado de cosas insostenible, le proporciona sus mejores banderas. La misma forma en que lo combate es contraproducente por lo torpe y anticuada; aún cree en poder detener un movimiento de esta clase manteniéndolo fuera de la ley, persiguiendo, encarcelando y desterrando a sus dirigentes; de esta manera, los hace mártires a los ojos del pueblo y les obsequia una popularidad que, de otro modo, les costaría mucho más trabajo conseguir. Aparte de que esta conducta constituye una violación inaceptable a los derechos humanos fundamentales, la más elemental táctica política aconseja abandonarla.

Los próximos años decidirán la suerte de América Latina, con las inevitables repercusiones que el resultado tendrá en el futuro total del mundo. Por lo pronto, el comunismo cuenta con un centro de operaciones en la propia América Latina; Cuba es su puerta de entrada. Sabemos muy bien que la solución habremos de ponerla nosotros, los latinoamericanos, pero esperamos que nuestra lucha sea comprendida en el resto del Occidente.

V

LAS POSIBILIDADES FUTURAS DE AMERICA LATINA

La encrucijada histórica porque atraviesa América Latina, la plantea dos posibilidades alternativas respecto de su futuro: o logra desarrollarse política y económicamente, implantando a la vez un régimen de justicia social, con la rapidez que exigen las circunstancias actuales; o cae en el totalitarismo soviético. El actual estado de cosas no puede sostenerse por mucho tiempo; su prolongación no haría otra cosa que lanzar a la desesperación a sus pueblos y abrir la puerta al comunismo.

La realización de la primera alternativa supone la erradicación de las dictaduras tradicionales, para permitir la implantación de un régimen que, dotado de amplio respaldo popular, se dedique a la tarea de reformar radicalmente las estructuras políticas, sociales y económicas, en un ambiente de libertad y de pleno respeto a los derechos humanos.

Esta solución tiene que ser puesta por nosotros, los latinoamericanos; eso lo sabemos muy bien y no deseamos que sea de otra manera; nuestra propia dignidad nos haría rechazar con altivez una solución traída de afuera; pero necesitamos que el resto del Occidente, especialmente Norteamérica, comprenda nuestra lucha y no la obstaculice.

Y se ha dicho que no la obstaculice. 1) — Porque las camarillas *minoritarias que gobiernan* en la actualidad la mayor parte de los países de América Latina, a espaldas de sus respectivos pueblos, se sostienen en el poder, más que por la fuerza material y económica de que disponen en el interior, por el apoyo externo que les brindan los Estados Unidos. 2) — Porque el desarrollo económico de América Latina, al ritmo requerido por las circunstancias actuales, se verá lamentablemente frenado, si no se valorizan hasta un nivel justo los productos latinoamericanos de exportación, lo que implica una modificación fundamental en la política económica seguida hasta hoy, respecto de América Latina, por los países desarrollados del Occidente. 3) — Finalmente, porque, si en el curso de su desarrollo, los países latinoamericanos necesitan del crédito extranjero que es lo más probable, éste deberá otorgarse sin condiciones económicas demasiado duras y sin condiciones políticas de ninguna clase. El cumplimiento de estas demandas no significa una liberalidad hacia América Latina, no es más que la satisfacción de las exigencias de la justicia social internacional.

La segunda alternativa cuenta a su favor con la desesperación po-

pular provocada por la injusticia social, la falta de libertad y la influencia humillante del poder extranjero. Un número limitado de latinoamericanos sabemos que las condiciones serían aún peores bajo el comunismo; pero el pueblo sólo cree lo que ve y lo que palpa; y lo que ve y palpa es el triste estado actual de cosas; el totalitarismo comunista lo abominará cuando lo viva, pero entonces ya será demasiado tarde. Por ejemplo, no cabe duda que el imperialismo chinosoviético es más voraz y opresivo que cualquier otro, inclusive el imperialismo norteamericano, sin que esta apreciación objetiva implique absolución para imperialismo alguno; pero, para el pueblo latinoamericano, el poderío de los Estados Unidos ha estado presente desde hace más de un siglo y continúa estándolo; ha sentido y siente toda su fuerza opresiva; en cambio, el otro es un poder lejano de cuya existencia solamente ha oído hablar, por eso, incapaz de apreciar la intensidad del peligro, hace caso omiso de él. La revolución cubana, envuelta en el hálito romántico de una revolución proletaria, entusiasma a las masas latinoamericanas y les impide ver toda la crudeza de su realidad.

¿Qué enfoque podemos hacer de las relaciones de América Latina con los países desarrollados del Occidente, en relación con estas alternativas?

Si los países occidentales desarrollados renuncian a su política imperialista de penetración económica y tratan con los países latinoamericanos en un plano de iguales, tal como lo requiere la dignidad nacional de éstos, si ajustan sus relaciones futuras a los dictados de la justicia social internacional; y si cesan de brindar su apoyo a las dictaduras retrógradas que tienen estancada a América Latina; ésta tendrá las mayores oportunidades de salir airoso de la presente encrucijada histórica y se iniciará una franca y leal colaboración entre todos los países del Occidente, que es de absoluta necesidad frente a los peligros que entraña la crisis mundial porque atravesamos. El movimiento democrata cristiano, que está creciendo con pujanza en toda América Latina, es una promesa y una garantía de lo que pueden llegar a ser nuestros pueblos después de redimidos.

Si los países occidentales desarrollados se aferran a su política de antaño, es posible aún —con menos probabilidades desde luego— que los sectores sinceramente democráticos de América Latina logren salvar la situación. En ese caso, cobraría una fuerza incontenible una tendencia que ya ha hecho su aparición entre los sectores políticos más honestos de América Latina; la de formar un bloque latinoamericano, que venga a constituir una nueva fuerza independiente en el mundo y que se oponga por igual a toda intervención extraña. El obstáculo para

la formación de este bloque lo constituyen las dictaduras apoyadas en el extranjero; pero, superada esta etapa humillante de la historia que no puede prolongarse ya por mucho tiempo, los pueblos latinoamericanos buscarán en el mutuo entendimiento la única garantía segura de su libertad y de su progreso.

Queda una posibilidad más. Que el esfuerzo de los latinoamericanos que quieren la superación política, social y económica de su tierra se estrelle contra el valladar de las circunstancias. En ese caso, el estado actual de cosas podría prolongarse por algunos años más, pero no por muchos; el comunismo internacional será el beneficiario de esa presa que le entregará, atada de pies y manos, la ceguera de sus enemigos. América Latina habrá sido sacrificada en vano; pasará de ser la servidora del imperialismo norteamericano a convertirse en la esclava del imperialismo chinosoviético. Pero aquéllos que con su ceguera hicieron imposible su salvación, pagarán inmediatamente sus consecuencias.

No quiero terminar sin referirme brevemente al plan de Alianza para el Progreso, lanzado por el difunto Presidente John F. Kennedy. El plan significa un principio de cambio de actitud de Norteamérica, pero solamente un principio, insuficiente en las actuales circunstancias. La carta de Punta del Este, que lo plantea teóricamente, es en general correcta; aún más, personalmente estoy convencido de la sinceridad de su promotor, el Presidente Kennedy; tal vez haya sido un mártir de su propia sinceridad; pero no basta que un hombre sea sincero, es necesario que lo sean todos los numerosísimos colaboradores que intervienen en el asunto; y esto es lo difícil.

La verdad es que, no obstante la carta, el plan no ha marchado en la práctica. ¿Por qué? Porque entre la carta y la práctica ha mediado un abismo. La carta suponía el respeto absoluto a la soberanía de las naciones prestatarias; y los agentes políticos norteamericanos han continuado interviniendo en los asuntos internos de éstas. La carta suponía que se ayudaría únicamente a los gobiernos democráticos; y se ha continuado ayudando a los dictadores, aun a aquellos regímenes de fuerza surgidos de cuartelazos posteriores a la firma, que han venido a sustituir a los signatarios originales. La carta suponía la valorización de los productos latinoamericanos de exportación; y tal valorización no aparece en absoluto. La carta suponía la vigilancia internacional de los préstamos; pero esta vigilancia es pura apariencia; en la práctica, son funcionarios norteamericanos los que tienen la última palabra.

Hay algo más. El desarrollo previsto por la Alianza para el Pro-

gioso, supone que cada gobierno prestatarlo cuente con la colaboración decidida de su pueblo; porque ellos tienen que poner la mayor parte; la ayuda norteamericana solamente suple la diferencia. La suposición es correcta teóricamente, pero de imposible realización práctica en la mayor parte de los casos; porque la mayoría de los gobiernos latinoamericanos no cuentan con la confianza de sus pueblos, porque no son la expresión de la voluntad de éstos; los elementos más capaces y honrados se niegan a colaborar, para no solidarizarse con gobiernos llegados ilegalmente al poder y mantenidos en él por la fuerza. En tales circunstancias, mientras no se corrijan las muchas fallas apuntadas, es inútil un plan formulado con buenas intenciones, pero cuya realización práctica se aparta totalmente de él.

*OPINION DEL DOCTOR ROBERTO LARA VELADO SOBRE
EL CASO DE LA REPUBLICA DOMINICANA*

En este momento, se vive un círculo vicioso en cuanto a la solución de la presente crisis se refiere. Lógicamente, el problema debiera ser resuelto primeramente en el campo interno de las naciones; la solución internacional vendría como resultado del reflejo de las soluciones internas. Pero tal cosa parece que se vuelve cada día más difícil; el problema interno de las diferentes naciones está pasando a segundo término, está siendo superado por el problema internacional, alimentado y en cierto modo modificado con una especificación peculiar por el encuentro de culturas. Los imperialismos en pugna, que se disputan la supremacía en el campo internacional, se han convertido a la vez, por la fuerza de las circunstancias, en los abanderados de una cultura o de un grupo de culturas en colisión. El imperialismo norteamericano, de tipo occidental, se enfrenta a los imperialismos chino y soviético, de corte oriental; el uno asume la postura tradicional de la cultura que ha sido hasta hoy, la rectora del período; mientras que los otros reviven un Oriente universalista, solamente adormecido hasta ayer.

Ambos imperialismos pretenden imponer sus soluciones y, sobre todo, el peso de sus intereses, en el área que consideran sometida a su influencia y procuran rebasarla, arrebataando regiones al contendiente. Rusia aplastó con sus tanques la heroica revolución húngara, ahogando en sangre, contra todo derecho, las exigencias legítimas de un pueblo. En el momento de escribir estas líneas, Estados Unidos está haciendo exactamente lo mismo con el pueblo dominicano. Tal proceder impide que los pueblos en su gran mayoría, especialmente aquéllos que como

los latinoamericanos carecen del poderío que proporciona el desarrollo, apliquen sus propias soluciones.

La mentalidad que inspira el proceder de las potencias imperialistas, y de los grupos satélites de ellas en los diferentes países, es similar, si bien los imperialismos orientales (el soviético y el chino para ser concretos) son más intolerantes y más absorbentes; la diferencia es solamente de grado, no de naturaleza. En los regímenes totalitarios de izquierda, todo aquél que disiente de la férrea línea impuesta por los dictadores rojos, es llamado contra-revolucionario, desviacionista o reaccionario, con estos epítetos se pretende justificar las persecuciones, los encarcelamientos, los campos de concentración y el paredón; así se defienden también las intervenciones y los genocidios; de esta manera intentó explicar Rusia la repugnante masacre cometida por sus tanques, en las calles de Budapest, contra la heroica resistencia del pueblo húngaro, y la larga serie de muertos caídos en Berlín, en la puerta de Brandeburgo o ante el muro de vergüenza. En las áreas directamente sometidas al imperialismo norteamericano, aquéllos que se oponen vigorosamente al poder extranjero o a las camarillas locales que se entregan sin reservas a él, son llamados comunistas, sin siquiera analizar sería y honestamente si realmente lo son, la bandera del anti-comunismo violento sirve en América Latina para justificar golpes de estado, nacidos en realidad de la insana ambición de sus actores, sirve igualmente para justificar persecuciones, encarcelamientos, destierros, presiones políticas, fraudes electorales y toda clase de violaciones a los derechos humanos; finalmente, se usa de igual manera para explicar las intervenciones del poder imperialista dominante en la política interna de los pueblos víctimas. El reciente caso de Santo Domingo es un ejemplo típico; el movimiento constitucionalista dominicano, que pretendía restaurar el gobierno legítimo de Juan Bosch, libremente electo por el pueblo y separado por uno de los golpes de Estado que con tanta frecuencia azotan a los países latinoamericanos, está siendo aplastado por los marinos norteamericanos que han ocupado el país con el pretexto de proteger a los residentes norteamericanos, tanto los Estados Unidos como todos los gobiernos latinoamericanos entreguistas, de los cuales hay que excluir aquéllos que supieron tomar una actitud digna y que se mencionan adelante, han acusado a los insurgentes de comunistas, para justificar lo injustificable, para encubrir la intervención; los latinoamericanos concientes sabemos que esta acusación es una burla falsedad, que añade la calumnia al crimen de la intervención; las declaraciones dadas a la prensa por el Nuncio Apostólico en Santo Domingo, respaldan nuestra afirmación; también la respaldan, cosa extraña que corrobora la verdad de nuestra opinión, las declaraciones

hechas simultáneamente a las del Nuncio, por el propio Embajador norteamericano y por el Gral. Imbeit, Presidente de la Junta de Gobierno instalada por los invasores y sostenida por sus bayonetas. Los embajadores latinoamericanos en la OEA, en su gran mayoría, se hicieron solidarios a nombre de sus gobiernos, con el abuso norteamericano; hubo un grupo de naciones latinoamericanas que tomaron una postura digna, que está demostrando que llegará el día en que América Latina al unísono sacuda las humillantes cadenas de hoy día; estas naciones fueron Chile, Uruguay, México, Venezuela, Perú y algunas otras. El abuso norteamericano es inaudito, pero es peor aún que existan latinoamericanos que, en su servil entreguismo al extranjero, traicionen impudicamente la dignidad y la independencia de América Latina.